

¿Cómo amar la Eucaristía?

Queridos peregrinos,

Esta tarde, en el campamento de Gas, tendremos vigilia de adoración ante el Santísimo Sacramento. Sin duda, este es uno de los momentos más importantes de nuestra peregrinación: el Señor viene de visita a nuestro campamento, estará realmente presente entre los capítulos, desde las 21.15 hasta las 4.30, esperando pacientemente a que sus hijos acudan a Él. Por eso, aunque esta noche estemos muy cansados, aunque tengamos legítimo deseo de pasar tiempo con nuestros amigos, no nos acostemos sin antes de haber hecho una visita al Señor presente en la custodia, para adorarlo

Pero ¿qué es exactamente la adoración? El objetivo de esta meditación es ayudarnos a redescubrir este acto central de la fe, que a menudo se confunde con muchas otras cosas.

Ya deberías saber que "Adoración" no es precisamente lo mismo que "Orar", o mejor dicho, adorar es una oración muy especial: es el primero y el mayor de los cuatro actos de la oración (que a modo de recuerdo son: adorar; dar gracias; pedir perdón; pedir gracias).

El error que a veces cometemos cuando venimos a la adoración es empezar nuestra oración hablando de nosotros mismos. Nos presentamos ante Jesús, y enseguida empezamos a hablar de nuestras dificultades, nuestras preocupaciones, ponemos nuestras peticiones a sus pies, le pedimos perdón, etc. Por supuesto ¡Esto no quiere decir que sea malo! Pero no es adoración. Para ser "adoradores en espíritu y en verdad " (Mateo 2:11), lo primero que hay que hacer es mirar a Dios y no miramos nosotros mismos. Así pues, la adoración no es, en sí mismo, una oración de petición. La adoración es un acto libre, no busca beneficio propio, es todo "para Dios", y ésta es su riqueza: adorando, el hombre realiza su mayor vocación, que es rendir ofrenda al Señor y glorificar su nombre

"Sólo a Dios se adora", decimos a los niños a los que les gusta demasiado el chocolate. Y, en efecto, adorar es un acto íntimo, reservado a Dios: sólo Él merece adoración, porque sólo Él es Señor: "tu solus Dominus", decimos en el Gloria. **Adorar es**

simplemente reconocer, con nuestra inteligencia, que Dios es Señor, que es nuestro Creador y Maestro, y que dependemos totalmente de Él en todas las cosas: y es alegrarnos de todo esto en nuestro corazón.

¿Cómo lo hacemos? Te sugiero que recuerdes las dos etapas principales de la adoración que los grandes santos, "maestros" de la adoración, nos aconsejan seguir.

Primera etapa de adoración: Contemplar la grandeza de Dios

Primer paso: para adorar bien, debemos empezar por mirar SOLO a DIOS. Como hemos dicho, esto es muy difícil porque a menudo rezamos para hablar de nosotros mismos. Esto es de muy mala educación: cuando nos encontramos con un amigo, primero le pedimos noticias suyas, antes de contarle nuestras aventuras y nuestras miserias...

Por eso, para adorar bien, primero debemos ponernos en presencia de Dios y mirarle a Él, y no mirarnos a nosotros. Rara vez lo hacemos. Pero si lo hiciéramos bien, si por un momento pudiéramos captar quién es el que está ante mí, en esa humilde hostia, el Dios Eterno, Creador, tan Grande y Misterioso, entonces por sí misma nuestra alma caería de rodillas para adorarle: Dios es Dios, y está ahí, ¡presente! Es lo que experimentaron los Magos cuando llegaron al pesebre: Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y se postraron para adorarle; es lo que comprendió Santo Tomás cuando creyó en la Resurrección de Cristo y exclamó: ¡Señor mío y Dios Mío!. Esto es lo que hacen los ángeles todo el tiempo en el cielo, que adoran a Dios, diciendo: ¡Amén! Bendición, gloria y sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. En estas tres escenas, no se hace ninguna petición a Dios, no se pide ningún beneficio para los hombres: sólo el grito de adoración, de ofrenda, ante Dios.

Un dominico decía: "La adoración es la reacción espontánea del alma que percibe la grandeza de Dios". Hay una palabra para describir esta grandeza de Dios: esa palabra es trascendencia de Dios. Desgraciadamente, hoy se descuida mucho esta idea. Es cierto

que Dios es también un amigo, un pariente, como veremos enseguida, pero, en definitiva, ¡es Dios! Y esta profunda toma de conciencia de que Dios está ahí provocará en nosotros una alegría, una alegría muy pura. ¿Has experimentado alguna vez esta alegría, esta felicidad de decirte a ti mismo: "Es realmente maravilloso que Dios exista"? Y esto es lo que la Misa trata de suscitar en nosotros, en la exaltación del Gloria, del Sanctus y del Prefacio.

Intentemos, pues, comenzar nuestra adoración con esta sencilla mirada a Dios, olvidándonos en cierto modo de nosotros mismos; podemos ayudarnos leyendo el Gloria, un salmo, o la primera parte del Padre nuestro (las tres primeras peticiones, dirigidas todas hacia Dios).

La segunda etapa de la adoración: reconocerse como criatura humilde.

Después de esta simple mirada a Dios, la adoración nos lleva a mirarnos a nosotros mismos. "¿Quién soy yo en relación a Dios?" La respuesta es sencilla: soy una criatura. Necesitamos que nos lo recuerden a menudo. De lo contrario, corremos el riesgo de caer en el orgullo. Si existo en este momento, si puedo respirar, hablar, rezar, si puedo hacer esta peregrinación a Chartres, es porque Dios, este Dios tan grande y misterioso, piensa en mí, me ama, y en este momento me da la vida.

Solemos decir a los niños en catequesis: "Si Dios dejara de pensar en ti por un momento, no existirías": ¡es tan cierto! La idea que debe cobrar vida aquí, en esta segunda etapa, es la de nuestra total dependencia de Dios. No, no nos hemos hecho a nosotros mismos. Existimos, cierto, pero existimos solo porque Dios nos ama y nos da la existencia. Y no sólo la existencia, el gesto inicial, sino que, en todo momento, Dios nos guarda, nos lleva, nos comunica su vida, y más: sus dones, sus gracias, los beneficios. Estamos permanentemente conectados a Dios. Este es el origen de la palabra religión, que viene de religare, conectar en latín. Adorar es reconocerlo y amarlo: es intentar vislumbrar ese vínculo invisible que me une permanentemente a Dios. Y de esta mirada brota una nueva alegría: Señor, soy feliz de ser tu hijo. Me alegro de depender de ti. Esta alegría es la alegría del Magnificat, la alegría de la Virgen María que se reconoce humilde esclava del Señor y que ama esta posición

humilde: esta alegría pura es lo contrario de la actitud del pecador que, por el contrario, se niega a ser dependiente, se niega a recibir y pretende dirigir su vida solo; es el grito de Satanás: "¡No serviré!"

Esta alegría de recibirlo todo de Dios, a veces puede ser difícil de lograr en las tribulaciones de la vida y las penas por las que pasamos. Pero la adoración, una vez más, nos ayuda a ver que, aunque a veces Dios permita ciertas dificultades, su mano nos acompaña y nos lleva constantemente, y puede sacar de ellas un gran bien: nuestro futuro está en manos de Dios, y como Dios es bueno, tenemos la seguridad de que cuidará bien de nosotros. La adoración ayuda a nuestra alma a encontrar paz y consuelo, como un niño que, cuando sufre, se refugia en los brazos de sus padres.

Por supuesto, una vez concluidas estas dos etapas de la adoración, nuestra conversación con Dios puede continuar con los otros tres actos de la oración: agradecer las gracias recibidas; pedir perdón por nuestros pecados; y pedir gracias (oración de petición propiamente dicha). Y, además, nuestra oración será tanto más ferviente y efectiva si antes nos hemos tomado el tiempo de adorar a Dios como es debido.

El esfuerzo de la adoración: Ánimo y perseverancia!

La adoración es una de las acciones más grandes que podemos hacer en esta Tierra, como lo es en el Cielo. Es, ante todo, un acto de justicia: porque somos criaturas y, en última instancia, fuimos creados para glorificar a Dios, para reconocer su grandeza y nuestra dependencia de Él. Este es también el fin último de la Misa: un sacrificio de homenaje a Dios. Y lo que es más importante es que en el cumplimiento de esta misión de ser "adoradores" encontramos nuestra felicidad y salvación: porque este Dios al que nos dirigimos en adoración es también el Dios que llena nuestros corazones.

Pero la adoración no es un acto fácil. Si consideramos la vida como un río, adorar significa remontar la corriente para volver a la fuente, que es Dios: pues salimos de Dios para volver a Dios. Es lo que San Agustín expresó en una frase célebre: "Nos has hecho para ti, oh Dios, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti". Este regreso a Dios, que es la meta de toda nuestra vida, nos llenará de felicidad, pero requiere de un verdadero esfuerzo de

recogimiento, regularidad y perseverancia, para volver cada día a la fuente en adoración. ¡Así que ánimo, queridos peregrinos! Para ayudarte, encontrarás en el cuaderno del peregrino: textos espirituales para alimentar tu oración de adoración.

Los gestos de adoración

La adoración es oración interior; pero como somos cuerpo y alma, ciertos gestos del cuerpo pueden ayudarnos a adorar mejor.

Algunos de estos gestos son los siguientes:

Genuflexión. Al entrar en una iglesia, ante la Presencia Real, la liturgia nos pide que hagamos una genuflexión. Con este gesto, todo el cuerpo se inclina ante la Presencia de Dios; reconocemos que Él es más grande que nosotros y que le debemos homenaje y respeto.

Tradicionalmente, cuando se expone el Santísimo Sacramento en la custodia, se hace una genuflexión sobre ambas rodillas, acompañada de una profunda reverencia.

Arrodillarse expresa la misma idea que la genuflexión, salvo que manifiesta durante más tiempo nuestro deseo de permanecer humildes y pequeños ante el Señor.

Las manos juntas proceden de una antigua tradición medieval: cuando un vasallo juraba lealtad a su señor, juntaba ambas manos. Este gesto simboliza que ponemos toda nuestra persona en manos de Dios, y que Dios nos asegura a cambio toda su protección.

Algunas citas sobre la adoración

Si pasas por delante de una iglesia, entra para saludar a nuestro Señor. ¿Podríamos pasar por la puerta de un amigo sin saludar?

Santo Cura de Ars

Todo gesto de reverencia, toda genuflexión que hagas ante el Santo Sacramento es importante, porque constituye un acto de fe en Cristo, un acto de amor a Cristo.

San Juan Pablo II

Extrañas pequeñas inclinaciones han reemplazado la postración bíblica de nuestros hermanos orientales o la genuflexión medieval como si, en nuestro país, el amor de Cristo estuviera algo afectado por el reumatismo. Qué oportunidad, sin embargo: Hay alguien a quien arrodillarse delante.

Bernard Bro